

A.C.N. DE P.

AÑO XLIII

15 septiembre-1 octubre 1965

NUMS. 807-808

Depósito legal: M. 244-1958

LA CARRERA DE ARMAMENTOS NO GARANTIZA LA PAZ, LA COMPROMETE

SUPONE UN RETROCESO EN LA CIVILIZACION Y PUEDE LLEVAR A LA PEOR DE LAS BARBARIES

Es una cuestión práctica de vida o muerte para la humanidad

Texto íntegro de la pastoral publicada por monseñor Guerry, arzobispo de Cambrai, sobre "La Iglesia y la carrera de armamentos"

Entre los temas conciliares abordados por el esquema 13: "La Iglesia en el mundo de hoy", destaca por su gravedad y urgencia el del cese en la carrera de armamentos. Dada la actualidad del problema y la plenitud de tratamiento que obtiene en este documento, lo publicamos íntegramente, acompañado de dos intervenciones significativas y recientes de Su Santidad Pablo VI sobre la carrera de armamentos y en especial sobre la bomba atómica.

Entre todos los problemas humanos que el Concilio debe estudiar (1) en su cuarta sesión con el esquema 13, sobre "La Iglesia y el mundo", sin duda uno de los más urgentes y angustiosos es el de la carrera de los armamentos. Por eso, es un deber para todo hombre de buena voluntad adquirir conciencia de la gravedad de esta cuestión. Ningún cristiano, digno de ese nombre, puede permanecer indiferente a este drama de nuestro tiempo. Con mayor razón un Obispo debe suscitar e ilustrar una reflexión saludable en el espíritu y en la conciencia del pueblo de Dios, que tiene a su cargo (2). Porque, aunque es verdad que con frecuencia le bastará, en este terreno, con situarse en el plano de la recta razón y de la moral natural, "se encuentra frente a una tradición ininterrumpida de todos los Papas desde que se planteó el problema moderno de la carrera de los armamen-

tos". Existe, por tanto, una posición de la Iglesia que todo cristiano debe conocer y meditar, si quiere juzgar como cristiano, de este fenómeno sociológico de nuestra época.

Precisamente, "sobre el fenómeno de la carrera de los armamentos queremos juzgar".

No examinaremos los aspectos particulares de las distintas formas de armamentos: bomba atómica y armas nucleares, biológicas o químicas; aviones supersónicos, portadores de cohetes nucleares; submarinos atómicos, dotados de cohetes nucleares, etc.

Lo que consideramos en la carrera de los armamentos "es el proceso trágico al que están sometidas todas las naciones, unas después de otras, arrastradas como por una fatalidad ciega y en un ciclo infernal para inventar y fabricar armas cada vez más numerosas, más costosas y más mortíferas". Nuestro estudio comprenderá tres partes:

1. La carrera de los armamentos, juzgada en sí misma, aparece como un crimen contra la Humanidad y contra el designio de Dios acerca de las relaciones entre los hombres y entre los pueblos.

2. En el estado actual de una insuficiente organización internacional, ¿cuáles pueden ser los derechos y los deberes de los Estados frente a la carrera de los armamentos?

3. ¿Qué contribución puede aportar la Iglesia a la búsqueda de una solución prudente en las condiciones actuales de la carrera de los armamentos?

Advertencia importante

En nuestro libro "L'Eglise et la communauté des peuples" (3) recordábamos, de la página 196 a la página 212, los escritos o documentos de los Sumos Pontífices, sin ninguna excepción, desde León XIII, en su lucha contra la carrera de los armamentos.

Entonces distinguimos en la argumentación de los Papas tres aspectos:

1. La doctrina enseñada.
2. Los motivos de orden natural, humano y social invocados por los Papas: las cargas intolerables para el presupuesto de las naciones; la potencia mortífera de las armas modernas y los terribles estragos que han producido y que son cada vez más capaces de producir en la vida de la Humanidad; la perturbación provocada en las naciones por la preparación y la fabricación de las nuevas armas; el temor y la angustia en la que sumergen a los pueblos que se horrorizan de las mismas; la certeza de que los armamentos, lejos de garantizar la paz, no hacen más que comprometerla.
3. Finalmente, las soluciones de orden técnico que responden a las necesidades y a los progresos de orden material y científico de una época. Estas varían con el tiempo. En el terreno de los armamentos y de los medios de control, los descubrimientos se suceden con una rapidez prodigiosa. Los Papas no hablan aquí como doctores que enseñan una verdad. A veces enuncian varias soluciones, sin pronunciarse por ninguna. En otros casos se inclinan hacia una solución determinada y la juzgan, por ejemplo, Pío XII, en favor del control de los armamentos; pero ante todo porque este medio le parecía que respondía más eficazmente al objetivo buscado, y también porque, aunque de orden técnico, tal solución se vincula muy directamente al comportamiento moral de los hombres de Estado, que la aceptan o la rechazan. Por otra parte, el mismo Pío XII precisó en este caso la

(1) Esta carta va dirigida al clero, a las comunidades religiosas y a los militantes de Acción Católica de su diócesis. El título completo de la misma es: "Los grandes problemas del Concilio. III. La Iglesia y la carrera de los armamentos. Contribución a la elaboración del esquema 13 (La Iglesia en el mundo de nuestra época; último capítulo: la paz)". La carta se publicó como un suplemento a la "Quinzaine diocésaine", de Cambrai, del 21 de marzo de 1965.

(2) Nos estábamos en la lista de los Padres conciliares que debían tomar la palabra acerca del último capítulo del esquema 13, y nos proponíamos tratar de este tema. Pero faltó el tiempo material y se interrumpió el debate. De todos modos, ahora es más fácil tratar, con mayor amplitud que en una intervención de diez minutos... y en latín, una cuestión tan compleja.

(3) "Bonne Presse", 1968.

naturaleza de esta conexión: es una prueba de sinceridad y de deseo de paz.

Pero la lucha contra la carrera de los armamentos no es más que un capítulo de la doctrina de la Iglesia sobre la paz y la comunidad de los pueblos. Por eso los Papas, como primer argumento, han procurado siempre recordar la doctrina de la Iglesia sobre la dignidad de la persona humana, la fraternidad de los hombres, el designio de Dios, que

desea una comunidad de los pueblos en la paz; la justicia, la caridad, la superioridad de la fuerza moral sobre la fuerza material de las armas, el respeto del derecho, que debe reemplazar al culto de la fuerza.

Por eso también en nuestra argumentación, que viene a continuación, juzgaremos la carrera de los armamentos, en primer lugar, con relación a la doctrina de la Iglesia; pero, como esta

doctrina es al mismo tiempo que muy elevada, extremadamente realista, la situaremos en el contexto actual de los hechos históricos, por una parte, con relación a los esfuerzos ya emprendidos por los hombres para organizar la paz, y por otra, con relación a los graves problemas internacionales actuales y futuros que se plantean en el tercer mundo.

PRIMERA PARTE

LA CARRERA DE LOS ARMAMENTOS, JUZGADA EN SI MISMA

Aparece como un crimen contra la humanidad y contra el designio de Dios sobre las relaciones entre los hombres y entre los pueblos

Precisemos bien el objeto y los límites de nuestro enjuiciamiento moral en esta primera parte. Decimos: "la carrera de los armamentos, juzgada en sí misma", es decir, independientemente de las disposiciones interiores o exteriores de los jefes de Estado responsables y de los motivos legítimos o no, que invocan para justificar la decisión de sus Gobiernos en esta materia.

Fundamos nuestro juicio moral en tres razones principales:

1.ª La carrera de los armamentos

implica una opción fundamental entre dos concepciones del hombre y de las relaciones entre los pueblos.

2.ª Marca un retroceso espantoso de la civilización y un retorno a la peor de las barbaries.

3.ª Agrava considerablemente la disparidad ya escandalosa entre los pueblos añanzados y los pueblos que están en vías de desarrollo y traiciona la misión social y de humanidad que se imponía en nombre de la solidaridad de los pueblos.

PRIMERA RAZON:

Una opción fundamental entre dos concepciones

Relaciones entre los pueblos

En primer lugar, la carrera de los armamentos implica una opción fundamental entre dos concepciones de las relaciones entre los pueblos.

Primera concepción: materialista, de un materialismo científico y técnico, fundado en la fuerza material de los armamentos, en la primacía y el triunfo de la violencia brutal, en el enfrentamiento de los pueblos en una lucha armada y sangrienta, en el poder de destrucción.

Las naciones occidentales pretenden oponerse al materialismo histórico del marxismo, fundado en la relación de las fuerzas y finalmente en la victoria de la fuerza brutal en la lucha de las clases, trasladada hoy al plano internacional. En realidad, sin tener conciencia de ello, se dejan invadir y dominar por una visión dialéctica de la Historia y por la concepción materialista de las relaciones entre los pueblos.

En el lado opuesto está una **concepción espiritualista**, la de la Iglesia, y también la de todos aquellos que tienen confianza en el hombre, en la dignidad de la persona humana, en el valor de

la razón y en la primacía del espíritu. Esta concepción tiende a establecer, cada vez más, relaciones entre los pueblos sobre la comprensión mutua, el espíritu de colaboración internacional, la solidaridad y la interdependencia de los pueblos en la verdad, la libertad, la justicia y el amor; finalmente, sobre la unidad del género humano en la primacía del bien común universal sobre los intereses nacionales.

Concepción del hombre

En el fondo de esta primera opción entre dos concepciones de las relaciones entre los pueblos, hay que descubrir una opción más fundamental todavía entre dos concepciones acerca del hombre.

Llamados a pronunciarse acerca de la concepción espiritualista de las relaciones entre los pueblos, numerosos, incluso entre los cristianos, son los que se dicen a sí mismos y declaran abiertamente: "¡Hermosa utopía! Nosotros somos más realistas. Hay que ver las cosas como son. El hombre será siempre un empedernido egoísta: no se deja guiar más que por su propio interés. Con mayor razón, unos hombres agrupados en

una nación formarán siempre una coalición de intereses, de pasiones, un haz de agresividades. Por ello ha habido siempre guerras y las seguirá habiendo. Es la ley de la Historia. Es cruel sin duda. Pero no saber reconocerla equivale a ser un soñador, cuyas peligrosas ilusiones se encargan de desmentir y de barrer los acontecimientos. Para una nación, el abandonarse a ellas es correr directamente a la ruina." He aquí la **concepción pesimista del hombre**: ella explica el fatalismo de la carrera de los armamentos.

En oposición con ella surge la **concepción cristiana del hombre**. Se basa en un realismo más positivo y rechaza un optimismo ingenuo, lo mismo que un determinismo fatal. Es realista porque sabe más que nadie que el hombre es pecador y que debe luchar contra los poderes del mal en sí y en el mundo. Pero afirma asimismo que el hombre fue creado a imagen de Dios, como espíritu libre y responsable de sus actos, y que debe, por medio de una educación verdaderamente humana, convertirse en dueño de sí mismo y de las cosas y realizar su destino como un ser personal y social.

Esta concepción, en cuanto que es cristiana, sabe también y sobre todo que Jesucristo vino a salvar a los hombres, a liberarlos del dominio del pecado, a comunicarles las fuerzas de su gracia y de su amor, para reunirlos en la unidad superior de un gran cuerpo.

Esta concepción cree en la continuación del acto redentor en la vida de la Humanidad. Tiene confianza en el hombre y, a pesar de los fallos de la Naturaleza, cuenta con la posibilidad de una educación progresiva de la Humanidad, para hacer retroceder la guerra y asegurar un ascenso humano hacia una mayor lucidez de espíritu y su dominio sobre las fuerzas materiales, hacia el triunfo de la razón sobre el absurdo y del amor sobre el odio.

Los signos de una recuperación

En cambio, de otra manera son los verdaderos realistas, los defensores de la concepción espiritualista del hombre, que perciben ya los signos de este porvenir mejor en el despertar de las conciencias, a despecho de las terribles amenazas, que hace que pesen sobre la Humanidad la carrera de los armamentos, tal vez incluso a causa de los peligros mortales que esta amenaza lleva en sí misma.

Reacción profunda de la conciencia entre los investigadores y los sabios asustados por el uso maléfico que po-

dria hacerse de sus descubrimientos (4). Despertar de una opinión pública angustiada, aunque siga siendo fácilmente versátil y esclava de las propagandas incluso mentirosas. Por eso, conviene hablar de una "conciencia" pública, con toda la fuerza que va a tomar cada vez más en la vida de las naciones la influencia de la conciencia pública, la cual habrá de tenerse en cuenta en adelante. Despertar de las conciencias entre los mismos responsables y jefes militares, que se esfuerzan por circunscribir las eventualidades y controlar sus decisiones, o gobernantes políticos que organizan reuniones y congresos para limitar los riesgos y hacer un alto en el camino antes de que sobrevenga la catástrofe final.

Objeción: "¿No se podría decir entonces que esta opción fundamental entre dos concepciones, esos jefes de Estado, esos responsables políticos o militares no la hacen? Voluntariamente pasan por una situación que ellos deporan, pero siguen aferrados a una concepción personalista del hombre y sin duda, muy a su pesar, se embarcan en la carrera de los armamentos para salvar la concepción occidental".

SEGUNDA RAZON:

Un retroceso espantoso de la civilización y un retorno a la peor de las barbaries

I. Un retroceso de la civilización

Retroceso de la civilización, en primer lugar, porque los laboriosos y generosos esfuerzos emprendidos por las naciones desde hace más de sesenta años para alejar el espectro de la guerra y tratar de organizar la paz van a ser aniquilados. La primera conferencia de la paz se abrió el 18 de marzo de 1899; en La Haya. En este primer período (1899-1907), veintiséis naciones, en primer lugar, en 1899, tratan de establecer un lazo permanente de encuentros internacionales: luego, cuarenta y cuatro naciones, en 1907 (entre ellas, los Estados de América latina), se esfuerzan en prevenir los conflictos, proponiendo la limitación de los armamentos, y en planear el procedimiento del arbitraje. Una vez declarada la guerra, la empresa de La Haya tendía a humanizarla: las leyes promulgadas pedían a los beligerantes que respetaran entre sí la humanidad, el honor, la lealtad, y, entre los neutrales, la libertad.

La segunda etapa es la de Ginebra (1920-1940), con la Sociedad de Naciones. Creada en 1919, esta institución asociaba a las naciones en una cooperación, con vistas a objetivos precisos, señalados en el pacto: eliminar la guerra, garantizar la paz, mantener al día relaciones internacionales fundadas en la justicia y el honor, respetar rigurosamente las prescripciones del Derecho internacional y las obligaciones de los tratados. Son entonces 56 Estados los que se comprometen en este camino, que marcaba un progreso considerable.

La tercera etapa es la de la Organización de las Naciones Unidas (O. N. U.). Fue fundada para "preservar a las generaciones futuras del azote de la guerra" (la carta comienza por estas pa-

Respuesta: Contestamos dos cosas. En primer lugar, ya precisábamos, desde el principio, que nosotros juzgábamos el fenómeno de la carrera de los armamentos en sí mismo, independientemente de las disposiciones subjetivas de los hombres y de los motivos de su decisión, que examinaremos en una segunda parte.

En segundo lugar, si nos situamos en las circunstancias que evoca la objeción, entonces hay que reconocer que estos hombres se sienten acorralados por el sistema mismo de la carrera de los armamentos, de forma que tienen que hacer una opción que ellos no quieren; hasta tal punto es verdad que no se forma parte del materialismo, cualquiera que sea, sin convertirse en sus esclavos. Pio XII denunciaba ya esta trágica contradicción: "Aun temiendo la guerra como la catástrofe suprema, (se) le conserva todo su crédito, como si fuera el único recurso para subsistir y la única reguladora de las relaciones internacionales. En cierto sentido, se confía en aquello que más se aborrece". (23 de diciembre de 1956.)

labras), mantener la paz, proteger los derechos fundamentales del hombre y de las naciones. Las naciones se com-

prometen a abstenerse de recurrir a la amenaza y a la fuerza, a regular sus diferencias por medio de procedimientos pacíficos, y, finalmente, a ayudarse mutuamente para fomentar el progreso social e instaurar mejores condiciones de vida. La O. N. U. cuenta ahora con más de cien naciones de las cinco partes del mundo.

Si recordamos la historia de estas tres etapas, lo hacemos para subrayar mejor el progreso en el ascenso humano que representaba cada una de ellas, tanto por el número, cada vez más creciente, de las naciones comprometidas, como por los objetivos a perseguir, cada vez más precisos, para el establecimiento de una paz duradera y garantizada.

Ahora bien: todos esos progresos, a veces penosamente conseguidos en medio de las pasiones de los hombres y de las oposiciones de los intereses nacionales, esos esfuerzos tan dignos de respeto hacia más humanidad, se encuentran gravemente amenazados por la carrera de los armamentos, y desde ahora comprometidos, pudiendo ser mañana tal vez aniquilados. ¿Qué retroceso de la civilización!

Retroceso de la civilización asimismo en el sentido de que la carrera de los armamentos arrastra a los Estados a gastos muy considerables, como se ha subrayado anteriormente, que imponen a la economía de cada nación sacrificios extremadamente pesados. Estos obligan entonces a los gobernantes a reducir la construcción de viviendas, de escuelas, de hospitales, de laboratorios; en una palabra, de todas las obras de paz necesarias para el bien de los ciudadanos, para la elevación del nivel de

Que no se repita más la infausta jornada de Hiroshima

El domingo 8 de agosto, Su Santidad Pablo VI, antes de recitar el Angelus con los numerosos fieles reunidos en el patio del Palacio Apostólico de Castelgandolfo, evocó el bombardeo atómico de Hiroshima, ocurrido hace veinte años, invitando a orar para que nunca el mundo tenga que presenciar una infausta jornada como aquella de la ciudad japonesa.

En estos días toda la prensa mundial ha evocado el vigésimo aniversario de la explosión de la bomba atómica sobre Hiroshima. Se han recordado, conmemorado amplia y justamente el terror, las ruinas, la súplica, el dolor, la compasión de aquel tremendo acontecimiento. Hemos observado que las ceremonias oficiales en esa tan infortunada ciudad, actualmente reconstruida, han estado desprovistas voluntaria y noblemente de todo carácter político y polémico.

Hemos fijado nuestra atención en la visión de un grupo de gente que llora y reza para recordar y honrar la memoria de las innumerables víctimas de aquella hecatombe infernal y para conjurar a la Humanidad, para pedir a Dios que tal destrucción de vidas humanas, tal ultraje a la civilización no se repita nunca más. Es un gesto piadoso, humano, conmovedor.

Y Nos, que tantas veces y de diversas maneras hemos deseado también que se proscriban las armas atómicas, nos unimos ahora a ese llanto, a esa plegaria, a esa esperanza con esta nuestra humilde oración dominical.

Oremos para que jamás el mundo tenga que presenciar una infausta jornada semejante a la de Hiroshima.

Oremos para que los hombres no pongan nunca más su confianza, sus cálculos, su prestigio en armas tan nefastas y deshonrosas.

Oremos para que ese ingenio mortífero, al buscarla, no haya matado también la paz, no haya herido para siempre el honor de la ciencia y no haya extinguido la serenidad de la vida en la tierra.

Oremos para que, al contrario, la fraternidad, la paz y el amor se otorguen y se garanticen al mundo, y recordemos que sólo Cristo nos puede garantizar estos supremos dones; sólo El, Salvador nuestro, que se hizo nuestro Hermano cuando María pronunció el fiat que ahora repetiremos en su honor.

(4) D. Dubarle: "Civilisation et l'Atome". Edit. du Cent, Librairie Plon, página 208.

vida de las poblaciones, el desarrollo de la educación, los progresos de la investigación científica.

Retroceso de la civilización es realmente la desviación de los progresos científicos y técnicos de su verdadero objetivo. Ellos son una gloria y orgullo de nuestra civilización cuando están al servicio del hombre y de la vida. ¡Qué retroceso más terrible su utilización (5) para la invención, la fabricación y el transporte de los más terribles instrumentos de la muerte que el mundo jamás haya conocido!

II. Retorno a la peor de las barbaries

No se trata solamente, en efecto, de un retroceso de la civilización. Se trata de un retorno a la peor de las barbaries, a la ley de la "jungla", con los refinamientos de crueldad que una ciencia no sometida a una moralidad superior es capaz de producir.

Léase, en el mensaje de Navidad de 1955, la descripción que Pío XII hacía de las explosiones de las bombas atómicas y de sus efectos. El Papa analizaba en primer lugar, con una precisión técnica, la cantidad enorme de energía y el poder de destrucción contenidos en los ingenios nucleares. Luego describía sus efectos y el espectáculo que se ofrecería a la vista aterrada después de una explosión: "Ciudades enteras, incluso de las mayores y más ricas en historia y en arte, aniquiladas; un negro tapiz de muerte sobre los materiales pulverizados, que cubren innumerables víctimas con los miembros quemados, retorcidos, dispersos, mientras que otros gimen bajo los espasmos de la agonía. Y al mismo tiempo, el espectro de la nube radiactiva impide toda ayuda caritativa a los supervivientes y avanza inexorablemente para suprimir las vidas que quedan. No habrá ningún grito de la Historia, sino solamente el dolor insondable de la Humanidad, que contemplará, desolada, la catástrofe debida a su propia locura."

Este espectáculo terrorífico no es una hipótesis lejana, es el que ofrecieron las ciudades de Hiroshima y Nagasaki después de la explosión de dos bombas solamente (6). Pues bien: las que se fabrican actualmente son todavía infinitamente más mortíferas.

Las advertencias de los jefes de Estado

Por eso, escúchense y medítense las reflexiones angustiosas de los jefes de Estado. Eisenhower declaraba, con motivo de la inauguración de su primer mandato presidencial: "La ciencia parece dispuesta a darnos como cuadro final el poder de hacer que desaparezca el hombre de la tierra".

El presidente Kennedy planteó perfectamente el problema ante la asamblea general de las Naciones Unidas, en septiembre de 1961: "Desarmar no es ya un sueño. Es una cuestión práctica

(5) Decimos "su utilización" para no tener que pronunciarnos sobre una cuestión de orden técnico, que está muy lejos de haber sido zanjada en la hora actual. Los especialistas se encuentran muy divididos en el punto de saber si los estudios en el campo nuclear serán capaces de ser utilizados para el bien de la paz, y si ahora estos estudios no son un elemento capital de un progreso de la civilización.

(6) "Contra la bomba", de Dominique Hallery, Ed. de Minuit, 1960, pág. 11: "Más de 200.000 seres humanos murieron instantáneamente, o después de algunos días, o semanas o años, debido a estas dos bombas; y hubo otras cien víctimas más en 1960, catorce años después."

de vida o muerte. Los riesgos que acarrea el desarme palidecen comparados con los riesgos que acarrea una carrera desenfrenada de los armamentos."

El general De Gaulle escribe en sus Memorias (t. III, pág. 227): "Debo decir que la revelación de los espantables ingenios me conmueve hasta el fondo del alma... Para no ser sorprendido, me veo tentado por la desesperación viendo aparecer el medio que permitirá tal vez a los hombres destruir la especie humana."

Opinión de los expertos y de los sabios

No hay derecho a silenciar los cálculos terribles de los expertos y de los sabios:

"Una bomba de una decena de megatones es suficiente para destruir casi completamente una grandísima ciudad, causando un número de muertos del orden del millón o incluso más. La destrucción casi integral de ciudades como Nueva York, Londres o París, por medio de una sola bomba, no es algo inconcebible... Se calcula que las bombas termonucleares, explotando sobre grandes ciudades, pueden causar en ellas unos cien mil muertos por megatón de potencia, que, por otra parte, unas explosiones a una altura de unas decenas de kilómetros por encima del suelo pueden arrasar (por incendio especialmente) superficies del orden de una decena de millares de kilómetros cuadrados. Menos de una bomba puede bastar para provocar ciento cincuenta millones de muertos, y la destrucción casi integral de todo el montaje industrial de un país de la dimensión de los Estados Unidos."

Otro norteamericano, Kahn, ha calculado que entonces la reconstrucción económica exigiría casi un siglo. Es decir, que las armas nucleares actualmente almacenadas en los arsenales de las potencias atómicas bastarían ampliamente para la destrucción de todos los territorios industriales del hemisferio Norte (7).

Los efectos de la radiactividad

Juntamente con los estragos en vidas humanas, con la destrucción de las ciudades y de los centros industriales, los sabios anuncian los efectos ulteriores de la radiactividad, que pueden ocasionar a su vez la muerte de millones y millones de supervivientes. "En total, concluye el padre Dubarle, el cual, como verdadero sabio, comprueba objetivamente los hechos e incluso invita a no entregarse a cálculos exagerados, en un conflicto de gran amplitud, no es imposible que más de una décima parte de la Humanidad actual sea suprimida de una manera casi fulminante, y en una fracción todavía más importante sea afectada por lesiones orgánicas más o menos graves, yendo acompañadas de deterioraciones tal vez profundas de su capital genético."

El gran sabio Jean Rostand ha expresado en repetidas ocasiones su angustia, concretamente, ante los efectos genéticos de las explosiones nucleares.

"Yo añadiré, en calidad de biólogo, que sólo la preparación de los armamentos atómicos, vistos los ensayos y pruebas que exige, constituye un serio peligro para el hombre, ya que toda explosión nuclear va seguida de la caída de polvos radiactivos cargados de isóto-

(7) D. Dubarle: "Civilisation et l'Atome", pág. 53. (Los subrayados son nuestros.)

BOLETINES ESPECIALES DE LA A. C. N. DE P.

Series disponibles

1. La autoridad civil.
La personalidad humana.
La ordenación cristiana de los Estados.
El orden moral en la sociedad internacional.
2. Aristocracia y democracia.
Refutación del racismo.
Liberalismo.
Comunismo.
Iglesia y Estado (I).
3. Iglesia y Estado (II).
Comentarios a la "Quadragesimo anno".
Reforma de la empresa.
Corporativismo (I).
4. Corporativismo (II).
Sindicalismo.
El control obrero.
La propiedad.
5. Hombres públicos del siglo XIX.
El Estado español. Política económica. El nacionalismo. El poder pontificio.
Índice de conceptos, documentos y nombres.

En esta colección de boletines especiales están recogidos todos los Círculos de Estudios de la Asociación hasta el año 1950

Los propagandistas que estén interesados en la adquisición completa o parcial de estos números pueden dirigir sus pedidos a la Secretaría General de la Asociación

Precio de la colección completa 450 pts.
Precio de cada serie 90 pts.
Precio de cada número 25 pts.

pos deletéreos, que a la manera de un polen funesto, van a contaminar la atmósfera, las aguas, las plantas, los animales, los hombres, y de esta manera provocará mutaciones, es decir, variaciones casi siempre desfavorables en el patrimonio hereditario, sin hablar de las leucemias y de los cánceres... Al deteriorar el patrimonio hereditario humano, se hace tal vez algo mucho peor que matar a los individuos: se abisma, se degrada la especie. Se ponen en circulación malos "genes", que seguirán proliferando indefinidamente. No es solamente un crimen en el futuro lo que se comete, sino un crimen viviente que se mantiene por sí mismo" (8).

Otro célebre sabio, el doctor Albert Schweitzer, bien conocido por sus obras humanitarias, ha lanzado también un grito de alarma en su opúsculo *Paix ou guerre atomique* (9); ha protestado contra la propaganda, que, sin poder negar los efectos actuales y futuros del aumento de la radiactividad atmosférica sobre los "genes" por las experiencias nucleares, pretende, sin embargo, que ellas no rebasan los límites de la tolerancia. El doctor Schweitzer muestra claramente que no basta considerar el efecto de la radiación que actúa desde el exterior, sino que hay que tener en cuenta lo producido por las partículas radiactivas que se acumulan sin cesar en el interior de nuestro cuerpo. "De las plantas (en las que se acumulan después de caer) pasan a nuestro cuerpo, ya sea que bebamos leche de vaca o comamos la carne de los animales que de ellas se alimentaron." Dichas partículas se disponen en ciertas partes bien localizadas, concretamente, en los órganos de reproducción. En este caso, se necesitan años para que las consecuencias se manifiesten. No se perciben en seguida.

"Su acción sobre la descendencia no se revela sino mucho más tarde. No se manifiesta apenas en la primera o en la segunda generación, sino, sobre todo, en las siguientes. Según esto, los nacimientos de niños deformes y tarados de todas clases se harán cada vez más numerosos en el transcurso de los siglos."

Ya, a partir del 13 de enero de 1958, había sido enviada una memoria al secretario general de las Naciones Unidas; en nombre de 9.235 sabios de todos los países. Este manifiesto declara que la radiactividad producida sin cesar por las explosiones experimentales constituye una amenaza grave para todas las regiones del mundo, particularmente grave porque provocará, en las generaciones futuras, un número creciente de nacimientos de niños mal constituidos.

Pero hay algo más que las explosiones nucleares y las bombas atómicas. Se guarda silencio sobre otras armas bacteriológicas o químicas cuyos efectos no serían menos crueles.

"Ciertos especialistas afirman que algunas armas químicas o bacteriológicas podrían ser también muy temibles. Las primeras podrían tomar la forma de gases tóxicos, como el tabún, que enloquece a las personas; las segundas serían de una fabricación más fácil—como las del virus de la psitacosis—, estando al alcance de cualquier país, por pequeño y pobre que fuera. Los belige-

rantes podrían tener interés en preferirlas a las armas nucleares, y se podría imaginar que los proyectiles teledirigidos transportasen gases o gérmenes bacteriológicos en lugar de explosiones nucleares" (10).

CONCLUSION

Rasgos característicos de las guerras de hoy

La conciencia universal se indigna con toda razón y se subleva contra la barbarie de los métodos empleados por los "nazis", enviando a millones de seres humanos, especialmente judíos, a las cámaras de gas. Ahora bien: ¿son menos bárbaros estos procedimientos que se preparan para sembrar por encima de toda una ciudad o una región gases tóxicos o gérmenes bacteriológicos? ¿Son menos bárbaros esos bombardeos atómicos, capaces de provocar la aniquilación de regiones enteras con toda su población?

En realidad, la guerra moderna presenta aspectos particulares que plantean el problema de la guerra en términos nuevos con relación a las guerras del pasado:

1) En primer lugar, es el perfeccionamiento trágico de las técnicas de aniquilación, o, en otras palabras, la potencia de destrucción es de una amplitud espantosa.

2) Luego está la desaparición de las distinciones entre los combatientes militares y las poblaciones civiles no combatientes. En adelante, estas últimas corren el peligro de ser las primeras víctimas. Existe un totalitarismo de la guerra moderna, cuyas repercusiones sobre las ciudades, las familias, las mujeres, los niños, los viejos, los enfermos son incalculables.

3) Un tercer carácter es el de una extensión cada vez más posible del conflicto al conjunto de las naciones. Sin

duda se puede esperar que el temor de ver extenderse la guerra al mundo entero obligará a los jefes de Estado a intentar todo para limitarla a ciertas regiones. Pero, una vez provocado el incendio, será difícil apagarlo. De todos modos, toda guerra, incluso limitada, tiene hoy día repercusiones internacionales. Ahora y para los años futuros, el problema de la diseminación del arma nuclear es ciertamente uno de los más angustiosos que se plantean a los hombres y a los jefes de Estado.

Por todas estas razones, no es ya posible aplicar las reglas de la teología tradicional acerca de la guerra justa: deben ser replanteadas totalmente, en función de todos estos caracteres nuevos de la guerra moderna, que no es ya más que una empresa de destrucción total.

Y tanto más, puesto que se debe tener en cuenta otro carácter de esta guerra: el elemento de rapidez fulgurante con que se desencadenaría el conflicto. Uno no puede menos de estremecerse ante el pensamiento de que la suerte de tantos seres humanos se decidiría en el tiempo de algunos segundos y que está en manos de un nombre, encargado de presionar un botón de la máquina infernal.

Esta necesidad de actuar el primero, antes de que el adversario haya tenido tiempo de desencadenar por su parte la operación, so pena de ser reducido a la impotencia o aniquilado, plantea un problema temible: ¿cómo se podrán discernir las responsabilidades en la agresión? La fuerza de disuasión, ¿no corre entonces el peligro de encontrarse con una fuerza de atracción de las bombas enemigas y de los cohetes sobre la nación misma que se había armado para defenderse? En efecto, sabiendo que corre el peligro de una respuesta rápida, el país amenazado por la fuerza de disuasión de otro, ¿no se verá arrastrado como necesariamente a intervenir prime-

QUE LAS NACIONES CESEN EN LA CARRERA DE ARMAMENTOS

Palabras de S. S. Pablo VI a la prensa en Bombay el 4 de diciembre de 1964

«Señores de la prensa: Aunque nuestra peregrinación a Bombay sea breve y densa en encuentros, hemos deseado buscar un momento para departir con vosotros.

Os agradecemos vuestro silencioso trabajo sobre nuestra visita y os recordamos que la prensa, que vosotros representáis, puede ser un poderosísimo instrumento de gran bien.

Sed siempre fieles a la verdad, teniendo presente vuestra responsabilidad ante el público y también ante la Historia.

Os confiamos nuestro especial mensaje para el mundo. Que las naciones cesen en la carrera de armamentos y dediquen, en cambio, sus recursos y energías a la asistencia fraterna a los países en vías de desarrollo. Que toda nación, cultivando pensamientos de paz y no de aflicción y de guerra, ponga a disposición también una parte de las sumas destinadas a los armamentos a fin de constituir un gran fondo mundial destinado a subvenir las muchas necesidades de alimento, de vestido, de casa, de cuidados médicos que afligen a tantos pueblos.

Desde el altar pacífico del Congreso Eucarístico pueda llegar este nuestro grito angustioso a todos los gobiernos del mundo. Dios les inspire para que emprendan esta pacífica batalla contra el sufrimiento de sus hermanos menos afortunados.»

(8) Jean Rostand: Extractos de su discurso a los que salvaron la vida en Hiroshima, en junio de 1964, en París.

(9) Edit. Ajbin Michel, 1958.

(10) René Coste: "Le problème du droit de guerre dans la pensée de Pie XII". Aubier, 1962, pág. 143. En esta excelente obra, de más de 500 páginas, el autor expone la doctrina de Pio XII sobre la paz. El pasaje citado anteriormente se refiere, en una nota, a la obra de Hallé: "Guerre nucléaire", Ginebra, 1958, págs. 33-36.

10? La experiencia ha demostrado, incluso en las últimas guerras, cuán difícil era saber quién era el verdadero responsable del ataque, puesto que cada uno afirmaba estar en su derecho. Con mayor razón no se ve cómo, en la agitación extrema que provocaría la tensión de su paroxismo, en la precipitación de la decisión que impone el riesgo de un segundo de retraso en la exigencia de la instantaneidad, habría todavía una posibilidad de saber quién es el que actúa primero, incluso sin hablar de los errores de información, de las imprudencias, de los azares de un suceso fortuito, de las falsas interpretaciones de una indicación del radar.

4) Existe, finalmente, un hecho cierto. Mientras que en el pasado se podía hablar de vencedores y vencidos, como también de la conquista de un territorio, aquí no habría por ambas partes más que países reducidos a ruinas y agotados para muchos años.

TERCERA RAZON

Agrava considerablemente la diferencia ya escandalosa entre los pueblos afianzados y los que están en vías de desarrollo

1.º El hecho de la disparidad de las condiciones de vida y de desarrollo.

En su hermoso libro *Suicide ou survie de l'Occident* (12), el padre Lebret, cuya competencia y autoridad en los problemas del desarrollo es de todos conocida, describe el drama actual del mundo. Existen pueblos afianzados y pueblos que no tienen nada o casi nada. Esta desigualdad existe en todos los terrenos: ante la vida, el hambre, la enfermedad y las posibilidades de desarrollo económico y social. La diferencia actual de los niveles de vida no hace más que incrementarse: la capacidad de invertir, de poner en valor, de los países más favorecidos es doscientas veces más fuerte que la de los países menos favorecidos. La distancia entre niveles de defensa de los pueblos menos desarrollados y la de los pueblos más desarrollados, que se puede actualmente estimar, por habitante, de 1 a 40, será de 1 a 100.

Al mismo tiempo, la Humanidad crece rápidamente. Ahora bien: sobre todo, es en Asia donde se encuentran las poblaciones más numerosas y los índices de crecimiento son allí mucho más elevados de lo que se calculaba. Las regiones en las que la Humanidad crece más son aquellas en las que se tienen más necesidades primordiales no satisfechas y menos posibilidades para hacerles frente.

2.º Las consecuencias de esta disparidad.

Este hecho de desigualdad escandalosa entre los niveles de vida es ahora

(11) D. Halevy, en la obra ya mencionada, cita el "Diario del Pueblo", órgano del Comité central del partido comunista chino, 23 abril 1960; el artículo se atribuye a Mao-Tse-Tung: "El campo socialista no tiene que temer una tercera guerra mundial, puesto que ésta no puede llevar más que a la desaparición definitiva del capitalismo y al nacimiento de una nueva civilización "mil veces superior" a la actual. Esta guerra es probable, puesto que va vinculada a la esencia del imperialismo."

(12) Lebret: "Suicide ou survie de l'Occident". "Economie et Humanisme", 1958.

Posible desaparición de la civilización

Hablábamos de los retrocesos de la civilización. Pero ¿se ha reflexionado suficientemente en el estado de cosas que seguiría a una guerra nuclear entre las potencias occidentales y el Este, más allá de Europa? Para no dejarse llevar de exageraciones en la apreciación de los efectos posibles (algunos llegan incluso a pretender que el planeta terrestre podría saltar en pedazos), sin embargo, existe un deber de ver cómo una eventualidad posible **la desaparición de la civilización europea moderna**, con todo lo que contiene de valores de humanidad y de recursos materiales para el futuro del género humano. Pero, entonces, midamos las consecuencias. Otra "civilización" ambiciosa sustituir a aquella que los mismos occidentales habrán trabajado para hacer que desaparezca, la del comunismo chino (11).

conocido por los pueblos que son víctimas de ello. En primer lugar, porque el mundo se va reduciendo cada vez más, gracias al rapidísimo desarrollo de los medios de comunicación y de transporte. Algunas poblaciones, hasta ahora aisladas, se encuentran actualmente cercanas y comunicadas por la radio, la televisión y la prensa: ya pueden ver y comparar y, desde ese momento, sentir envidia.

Por otra parte, el deseo de saber se ha apoderado de esos pueblos ante el ejemplo de Occidente y ha provocado entre ellos un esfuerzo real de alfabetización y de instrucción. Al mismo tiempo, se manifiesta una reacción de agresividad más o menos violenta contra aquellos a los que consideran como sus explotadores; es decir, contra todo el Occidente. Surgen entonces la exasperación de los nacionalismos, la lucha contra el colonialismo, la independencia respecto a toda dominación extranjera, los conflictos raciales. Pero surge también de ahí la fascinación que ejerce sobre estos pueblos el comunismo. ¿Hasta dónde llegará esta nueva forma de la lucha de clases? ¿Qué revoluciones prepara? ¿Continuará el Occidente pensando en la "defensa de la nación", en armarse, cuando se plantea con tal acrimonia el problema de la solidaridad entre los pueblos y del deber de justicia y de humanidad de los pueblos afianzados frente a los que se debaten en dificultades insuperables?

3.º La respuesta de la Iglesia

En la encíclica *Mater et Magistra*, Juan XXIII declaraba solemnemente: "Todos nosotros somos solidariamente responsables de las poblaciones subalimentadas", y más adelante. "El problema más importante de nuestra época es tal vez el de las relaciones entre las comunidades políticas económicamente desarrolladas y los países que están en vías de desarrollo." Uniendo este problema al de la carrera de los armamentos, Juan XXIII escribía: En otros países, una parte considerable de los ingresos se dedica a poner en valor

o a mantener un prestigio nacional mal comprendido y se gastan sumas inmensas en armamentos."

La encíclica *Pacem in terris* concreta más la contradicción:

"Nos resulta doloroso ver, en algunos países de economía más desarrollada, los armamentos terribles ya creados y otros que están continuamente preparándose, no sin enormes gastos de energía humana y de recursos nacionales. De ahí las cargas pesadimas para los ciudadanos de esos países, mientras que a otras naciones les falta la ayuda necesaria para su desarrollo económico y social."

En fin, es el Papa Pablo VI quien, el 4 de diciembre de 1964, desde el Congreso de Bombay, dirigía al mundo un llamamiento angustiado para pedir el cese de la carrera de los armamentos, con la esperanza de conseguir negar por medio de él a todos los Gobiernos del mundo. El llamamiento iba acompañado de una propuesta concreta para la creación, con las economías realizadas de los gastos militares, de un fondo mundial destinado a ayudar a los pueblos más probados.

"Que las naciones cesen la carrera de los armamentos y consagren en cambio sus recursos y sus energías a la asistencia fraternal a los países que están en vías de desarrollo. Que cada nación que tenga "pensamiento de paz y no de aflicción y de guerra" consagre, aunque sea una parte de sus gastos militares, a un gran fondo mundial para la solución de los numerosos problemas que tienen tantos desheredados: alimentación, vestido, vivienda, cuidados médicos."

Otra vez el Papa Pablo VI, en su mensaje de Navidad (22 diciembre 1964), ha vuelto a hacer la misma propuesta. Hace un llamamiento con todas sus fuerzas a la paz en el mundo. Denunciando los obstáculos para esta paz universal—y entre ellos el nacionalismo y el racismo—, encuentra no sin temor "un militarismo que no persigue tanto la legítima defensa de los países o el mantenimiento de la paz universal cuanto una carrera de los armamentos, cada vez más potentes y mortíferos".

No podemos encontrar una mejor conclusión para la tercera razón que indicábamos, e incluso a toda la primera parte de nuestro estudio, que el extracto del mensaje del Sumo Pontífice respecto a este tema:

"Esta concurrencia moviliza energías enormes en hombres y en recursos, alimenta una psicosis de fuerza y de guerra e induce a fundar la paz en una base inhumana de desconfianza y de temor recíprocos. También a este respecto, Nos nos atrevemos a desear que los Gobiernos sepan seguir con prudencia y magnanimidad el camino del desarme. Queremos hacerles prever generosamente para el futuro la aplicación, al menos parcial y gradual, de los presupuestos militares para fines humanitarios, y esto no sólo en beneficio de los propios Estados, sino también en beneficio de los países que están en vías de desarrollo y que se encuentran necesitados. El hambre, la miseria, la enfermedad y la ignorancia piden constantemente ayuda, y Nos no dudamos en hacer nuestra, una vez más, en este día de bondad y de fraternidad la queja de las multitudes todavía hoy innumerables de los pobres, de los que sufren, que esperan una ayuda diligente y sustancial."

SEGUNDA PARTE

¿Cuáles pueden ser los derechos y los deberes de los Estados frente a la carrera de los armamentos?

Lo que consideramos en esta segunda parte es la situación "actual" que describía la encíclica "Pacem in terris" en su cuarta parte, titulada "El orden de la comunidad mundial":

"En nuestros días las relaciones mutuas de las naciones han sufrido notables cambios. Por una parte, el bien común internacional propone cuestiones de suma gravedad, arduas y de inmediata solución, sobre todo en lo referente a la seguridad y paz en el mundo entero; por otra parte, los jefes de las diversas naciones, como gozan de igual derecho, por más que multipliquen las reuniones y los esfuerzos para encontrar medios jurídicos más aptos, no lo logran en grado suficiente, no porque les falte sincera voluntad y empeño, sino porque su autoridad carece del poder necesario.

De modo que en las circunstancias actuales de la sociedad humana, tanto la constitución y forma de los Estados como la fuerza que tiene la autoridad pública en todas las naciones del mundo, se han de considerar insuficientes para el fomento del bien común de todos los pueblos.

Ahora bien: si se examinan con diligencia, por una parte, la razón íntima del bien común, y por otra, la naturaleza y la función de la autoridad pública, no habrá quien no vea que existe entre ambas una conexión imprescindible.

PRIMERA SOLUCION:

Repulsa del armamento. La no violencia. El pacifismo integral

En diversas ocasiones he tenido la oportunidad de encontrar, escuchar y estimar, al conocerlos mejor, a algunos apóstoles ardientes y convencidos de la no violencia. Y tengo que rendir homenaje a la generosidad de sus disposiciones, a la nobleza de su ideal, a su desinterés y a su coraje en la acción.

Su ideal es oponer a la violencia la fuerza inventiva y creadora del amor. Quieren servir a la causa de la justicia y de la paz por los medios "puros". Para sacudir a la opinión, con frecuencia escéptica e incluso a veces irónica, sobre los medios que ellos emplean, no dudan en comprometerse en una acción, después de haber visto con toda lucidez las consecuencias onerosas de su gesto, en su profesión y en su propia familia. Sólo cabe inclinarse con respeto ante unos hombres y unas mujeres que aceptan con tanta generosidad el luchar para hacer triunfar una causa.

Después del homenaje sincero a las personas y a sus disposiciones subjetivas, tenemos el deber de juzgar su actitud misma. Y lo haremos, en primer lugar, a la luz del Evangelio; luego, a la luz de la doctrina de la Iglesia acerca de la paz.

1.º A la luz del Evangelio

Los apóstoles cristianos de la no violencia apelan al Evangelio para justificar sus actitudes. Porque ¿no es, en efecto, el Evangelio el código del amor? ¿No llega incluso a exigir el amor a los

ble. Porque el orden moral, así como exige a la autoridad pública que promueva el bien común en la sociedad civil, así también requiere que dicha autoridad pueda realmente procurarlo. De donde nace que las instituciones civiles —en las cuales la autoridad pública se mueve, actúa y logra su fin— deben estar dotadas de tal forma y de tal eficacia que puedan llevar al bien común por las vías y medios que mejor correspondan a la diversa importancia de los asuntos.

Como hoy el bien común de todas las naciones propone cuestiones que interesan a todos los pueblos, y como semejantes cuestiones solamente puede afrontarlas una autoridad pública cuyo poder, forma e instrumento sean suficientemente amplios y cuya acción se extienda a todo el orbe de la Tierra, resulta que por exigencia del mismo orden moral es menester constituir una autoridad pública sobre un plano mundial."

En la ausencia de esta autoridad (cuya necesidad mostraba monseñor Ancel, para el futuro, en su intervención en el Concilio sobre la paz en el esquema) (13), ¿qué pueden hacer los Estados frente a la carrera de los armamentos?

Dos soluciones son posibles: rechazar los armamentos y recurrir a ellos.

enemigos? Ciertamente, los textos del Evangelio son muy fuertes y requieren para comprenderlos una verdadera conversión interior: conversión a la dulzura de Jesucristo por el dominio sobre la tendencia a la agresividad que se encuentra en todo ser humano y que se manifiesta desde la más tierna infancia.

Pero, por otra parte, existen en el Evangelio principios que invitan a una gran prudencia en la interpretación. Así, el Evangelio no prohíbe por completo el uso de la fuerza. El Señor, que se definió a Sí mismo como "dulce y humilde de corazón", no dudó en tomar un látigo para echar a los vendedores del templo. ¿Y no muestra el Evangelio la vida como un combate contra el mal, contra Satanás, que encarna los poderes del mal; contra el mundo, en cuanto que es el ambiente en el que la naturaleza pecadora despliega sus fuerzas malélicas?

Existe también en el Evangelio la indicación de las condiciones para que un testimonio de verdad y de amor sea eficaz. Así, la parábola del sembrador nos muestra que se necesita un terreno preparado para que la semilla produzca sus frutos.

De la misma manera, todo el complot de los fariseos contra Jesús ¿no prueba hasta la evidencia que incluso la más santa de las actitudes y las enseñanzas más llenas de luz y de amor no consiguen convertir a los que no están en

las disposiciones de voluntad recta y buena?

En cuanto a mí, estas páginas del Evangelio me han impresionado profundamente. Y muestran la necesidad de una preparación de las almas y toda una labor de evangelización para iluminar los espíritus.

Pues bien: ¿no sería olvidar esta verdad fundamental del Evangelio el suponer que en el estado actual de insuficiente organización internacional bastaría a un país dar ejemplo de no violencia, desarmándose frente a naciones poderosamente armadas y dispuestas a la destrucción del adversario, para encontrar el camino de la paz?

Finalmente, el Evangelio contiene un principio de considerable alcance: la distinción de las dos sociedades, temporal y espiritual: el Estado y la sociedad civil, y la Iglesia. Fue el mismo Jesús quien propuso el principio liberador de las conciencias. Pero hay que ver también las repercusiones de este principio en el problema que nos preocupa. Cualesquiera que sean sus opiniones personales en las soluciones de orden temporal, algunos cristianos no tienen derecho a identificar sus soluciones con el Evangelio. No tienen derecho a lanzar sobre sus hermanos cristianos juicios reprobatorios por el hecho de que las actitudes adoptadas por ellos no están conformes a las suyas. Y, sobre todo, no tienen derecho a juzgar a la Iglesia por el hecho de que ésta no sigue hasta el final en las aplicaciones de un principio que les parece llevar en sí mismo las consecuencias a las que ellos han sido sensibles.

Esto equivale a decir asimismo que el Evangelio no propone una solución técnica y única para la organización, la defensa y el arreglo de la ciudad terrestre. El Señor ha dejado el cuidado de esto a los seglares y a los hombres de Estado. La Iglesia se ha preocupado siempre de respetar la autonomía de la ciudad terrestre en su propio campo, así como las responsabilidades, por otra parte, tan pesadas del Estado en este terreno.

2.º A la luz de la doctrina de la Iglesia

En dos puntos concretamente nos da la doctrina de la Iglesia una orientación distinta de la de los partidarios de la no violencia.

En primer lugar, la doctrina de la Iglesia reconoce a una nación la legitimidad de la defensa en caso de agresión, y esta nación tiene incluso la obligación de defenderse.

El Papa Pío XII decía (13): "Este deber de mantenerse a la defensiva no se puede negar incluso hoy a ningún Estado", y concretaba los dos casos en los cuales esta guerra defensiva es legítima:

a) La defensa del territorio nacional injustamente atacado. Este es el caso de la legítima defensa, válida para el individuo que es víctima de una agresión, extendida a una nación. Se trata de un derecho natural. "Un pueblo amenazado o víctima ya de una injusta agresión, si quiere pensar y actuar cris-

(13) Alocución del 3 de octubre de 1953.

tianamente, no puede permanecer en una indiferencia pasiva." Se trata, por tanto, para él de un deber.

b) La defensa de los bienes superiores y necesarios que el Creador ha querido para la comunidad humana.

"Esta defensa se impone no solamente al país víctima de la agresión injusta—dice el Papa—, sino también a la comunidad de las naciones, que tiene el deber de no abandonar al pueblo víctima de una agresión."

Esta legítima defensa existe en el caso de la guerra fría; también ahí se trata no sólo de un derecho, sino de un deber. "La ofensiva, cuando se trata de la guerra fría, debe ser condenada incondicionalmente por la moral. Si se produce, el atacado o los atacados pacíficos tienen no sólo el derecho, sino también el deber de defenderse. Ningún Estado o ningún grupo de Estados puede aceptar tranquilamente la servidumbre política y la ruina económica. Para el bien común de sus pueblos deben asegurar su defensa. Esta tiende a frenar el ataque y a conseguir que las medidas políticas y económicas se adapten honrada y completamente al estado de paz que reina en el sentido puramente jurídico entre el atacante y el atacado."

El Papa Pío XII indicó las razones morales muy profundas que justifican la legítima defensa.

1. El respeto y la defensa del plan de Dios. Se trata, para salvar la paz, de proteger los bienes de la Humanidad

en su calidad de bienes del Creador. Por otra parte, no se trata solamente de proteger unos bienes: es la existencia misma de los pueblos la que el plan de Dios exige que se defiendan.

2. La resistencia al pecado de los hombres. Pío XII pronunció palabras muy severas para denunciar a los "criminales sin conciencia", a los "malhechores internacionales". A todos éstos no está permitido dejarles "las manos libres". Existe un deber imperioso de no dejar que triunfe la injusticia en el mundo, la violencia brutal, así como la falta de conciencia.

Pío XII continuaba:

"Puesto que la libertad humana es capaz de desencadenar un conflicto injusto con detrimento de una nación, es cierto que ésta puede, en condiciones determinadas, levantarse en armas y defenderse... Los que dirigen la suerte de los pueblos pueden, hoy como ayer, convertirse en presa de pasiones ciegas insensatas y desencadenar una vez más —lo cual Dios no lo quiera— inmensos conflictos" (14).

Pero entendiéndose bien: esta doctrina de la Iglesia acerca del caso de legítima defensa debe situarse en todo el conjunto de la síntesis doctrinal, toda orientada hacia la paz, que condena la guerra de agresión y reclama el concurso de todos los medios pacíficos para arreglar los conflictos antes de que desemboquen en una guerra.

sólida para la búsqueda de la solución positiva hacia la cual hemos de tender a toda costa.

Segundo argumento: Francia coloca sus esperanzas en la fuerza de la disuasión. ¿De qué se trata? De procurar convencer al adversario de que no podrá evitar la réplica de nuestras armas atómicas en su propio terreno si se dedica a la agresión. He aquí las palabras mismas del primer ministro:

"Las destrucciones del arma atómica son tales que no se puede mirar la guerra si no es como una catástrofe total. Desde este momento no se trata ya de "preparar la victoria", sino de preservar la paz. Esto es lo que se llama la disuasión. Es deseable, no indispensable, ser igual que el adversario. Basta que los golpes que se está en condiciones de asestarle sean suficientemente serios para apartarle de la tentación. La disuasión reposa esencialmente en este elemento psicológico."

Como dijimos anteriormente, no discutiremos el valor de este argumento. El mismo primer ministro, ¿no está obligado a ver otras hipótesis distintas de ésta de una réplica eficaz de las represalias?

En efecto, después de haber declarado que el adversario debe estar seguro de que no evitará la réplica en su propio suelo si se dedica a la agresión, el orador añade: "Si no, podría esperar vencer ya en una guerra convencional, ya en una guerra atómica que se desarrollase fuera de sus propias fronteras."

Ahí también tales propósitos de un hombre de Estado muestran que es imposible fijar los límites en la competición de la guerra nuclear. Ahí también el país, incluso el más decidido a la paz, se ve arrastrado contra su voluntad a una guerra que no querría. Y las hipótesis terribles que acaba de evocar el hombre de Estado francés, ¿no hacen que aparezcan los riesgos de una guerra generalizada?

Pero no es este argumento mismo el que retendremos, sino su forma psicológica, porque nos lleva a nuestro verdadero terreno.

Para armarse, los países pacíficos no encuentran otros medios que tratar de convencer al adversario. He aquí algo que en sí es muy digno de observación y de interés: convencer. Aquí también hay un hilo de esperanza para los diálogos a lo cuales habrá que recurrir para convencerse recíprocamente, pero entonces de una manera distinta a la de las armas.

SEGUNDA SOLUCION:

El recurso al armamento

No entra en nuestro propósito exponer con detalle ni discutir los argumentos invocados públicamente por algunos hombres de Estado para justificar ante sus pueblos la propia decisión de recurrir a las armas nucleares en la coyuntura presente. Por otra parte, estas armas rozan tan de cerca con la técnica científica o militar, así como con la política, que correríamos el peligro de vernos arrastrados fuera del campo propio de la misión de la Iglesia.

Pero aun permaneciendo en los límites de esta misión, nos parece muy útil destacar de paso en la argumentación de estos hombres de Estado todo lo que podría contribuir a esclarecer la búsqueda de una solución humana al problema que discutimos.

Tomemos un ejemplo: el discurso del primer ministro Pompidou en la Asamblea nacional el 3 de diciembre de 1964 (15).

Me detendré únicamente en dos argumentos:

Primer argumento: Pompidou proclama la voluntad de paz de Francia:

"Francia quiere la paz. Francia no quiere ninguna reivindicación. Francia no amenaza a nadie ni tiene planes expansionistas en parte alguna. Francia está dispuesta al desarme, siempre que aquellos que están sobrearmados den ejemplo. Pero en la situación actual, Francia se ve obligada a preparar su defensa. Ahora bien: la defensa hoy día no puede entenderse sin fuerza nuclear."

He aquí lo que es claro y formal. Francia quiere la paz. Siente horror a la guerra. No tiene ninguna razón para hacer-

la. Y, sin embargo, declara que, a pesar de sus intenciones pacíficas, se ve obligada, para defender la paz, a recurrir a las armas nucleares.

Este ejemplo típico hace que resalte lo absurdo del sistema de la carrera de los armamentos. Un país para salvarse se ve obligado a preparar su defensa, advertimos bien la expresión del primer ministro, "en la situación actual". Y ésta es precisamente la que examinamos nosotros. ¿Es lógico, es sabio, es prudente, es humano, es razonable que exista todavía hoy, para unos Estados que quieren la paz, semejante servidumbre?

Sin embargo, advertimos que en esta voluntad de paz, incluso contrariada, existe un hilo de esperanza y una base

ULTIMA NOVEDAD DE LA BAC

Historia de la Iglesia en la América española

Desde el Descubrimiento hasta comienzos del siglo XIX

MEXICO. AMERICA CENTRAL. ANTILLAS

- Tres especialistas de la historia eclesiástica americana, los profesores jesuitas Félix Zubillaga, Antonio de Egaña y León Lopetegui, nos ofrecen en esta HISTORIA DE LA IGLESIA EN LA AMERICA ESPAÑOLA una visión de conjunto de los primeros pasos y subsiguiente consolidación del catolicismo en el Nuevo Mundo.
- Colaboran en este volumen el P. Lopetegui, con una amplia información general a los dos tomos, y el P. Zubillaga, quien en 30 documentados capítulos nos traza la historia del territorio hispanico situado al norte del Istmo: México, América Central, Antillas.
- Se cierra el volumen con un detallado índice analítico y 48 láminas en papel especial.

LX + 945 páginas + 48 láms. En tela, 165 pesetas; en plástico, 185

Pídalo a su librero, y si no lo tiene, a LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. Mateo Inurria, 15. Madrid-16

(14) Alocución del 30 de mayo de 1958 a los asistentes espirituales de las fuerzas armadas de Italia.

(15) "Le Monde," del 4 de diciembre de 1964, pág. 2.

TERCERA PARTE

¿Qué contribución puede aportar la Iglesia a la búsqueda de una solución prudente en la carrera de los armamentos?

Existen, sin duda, pocos casos tan apasionantes como el de la actitud de la Iglesia frente a la carrera de los armamentos para hacer descubrir su verdadero papel en sus relaciones con el mundo. Aun permaneciendo en su propia misión doctrinal, espiritual, moral y humana, ella aporta al mundo—del

cual, sin embargo, ella no es—más energías, una fuerza permanente capaz de sostener todos los esfuerzos y las iniciativas de los hombres y de los pueblos para salvar y organizar la paz y, por consiguiente, servir al bien común de orden temporal, del cual, sin embargo, ella no se encarga directamente.

todos los pecados: el odio, la mentira, la desconfianza, el egoísmo, la ambición y el deseo desmesurado de prestigio, los apetitos desordenados de los nacionalismos desencadenados.

3.º El problema de la paz es de orden espiritual, porque es inútil hablar de un verdadero retorno a la paz, aun en el caso de un desarme material, si no se da al mismo tiempo un desarme moral.

Entre las condiciones y caracteres del verdadero desarme, el Papa Pío XII había notado cuatro: 1.º) desarme mutuamente consentido; 2.º) desarme orgánico; 3.º) desarme progresivo, por etapas sucesivas; pero él añadía: 4.º) desarme en el orden práctico, como en el orden espiritual, y éste quería decir abandono de los sentimientos de odio, de venganza, de desconfianza, de miedo.

4.º El problema de la paz es de orden espiritual, en fin, en el sentido de que está dominado por una disposición fundamental: la voluntad (o el deseo) de paz.

Lo que la Iglesia aporta al mundo

Lo que la Iglesia aporta al mundo es, en primer lugar, la verdad y la gracia de Jesucristo: la verdad, para revelar a los hombres su destino sobrenatural de hijos de Dios, en el Hijo; la gracia, con todos los medios necesarios para realizar este destino a través de su existencia humana y en el orden natural y humano de su vida familiar, profesional, social, cívica e internacional.

El orden natural es distinto del orden sobrenatural, pero no debe ser separado de él. En el orden natural se trata, para los hombres, de ser hombres en el sentido pleno de la palabra, es decir, de pensar, actuar, vivir como hombres razonables y libres. Por el orden sobrenatural de la redención, son esos hombres los que se convierten en hijos de Dios, llamados a participar en la vida misma de Dios por un don de amor totalmente gratuito. Se ha podido ver ya en esta carta cómo las condiciones de las relaciones entre los hombres y los pueblos, las condiciones del orden internacional público podían crear verdaderos obstáculos a una vida humana normal y, consiguientemente, también al mismo tiempo a una vida de hijos de Dios, constituida esencialmente por la caridad de Cristo, bajo la doble forma del amor del Padre y del amor fraternal de los hombres entre sí.

Lo que la Iglesia aporta al mundo es una doctrina cuyos principios se sacan de la revelación y que confirma, esclareciéndolos desde más arriba, los principios y las verdades de la ley natural y del orden humano. Ella es concretamente la que revela a los hombres el designio de Dios sobre la unidad del género humano dentro de la unidad de la naturaleza humana. Ella es asimismo la que enseña a los hombres la necesidad de una regla universal en las relaciones entre los Estados. Ella es la que denuncia la guerra en sí misma, así como las falsas concepciones sobre la guerra, que han sido enseñadas desde hace un siglo o más. La Iglesia no acepta que la guerra sea fatal, inevitable y necesaria.

La Iglesia llega incluso a enseñar que no se puede afirmar hoy que la guerra es un medio adecuado y proporcionado de resolver los conflictos internacionales.

Lo que la Iglesia aporta además al mundo es toda la obra de educación de las conciencias, que ella emprende en el mundo por la difusión de la moral, la irradiación de su misión apostólica, la

acción de sus sacramentos, de toda su vida litúrgica y de lo que ella es como comunidad de salvación, la unidad del Colegio Apostólico, bajo la autoridad de un jefe ajeno a toda ambición terrena.

La Iglesia, en fin, aporta a todos los hombres de buena voluntad, a todos los jefes de Estado, cualquiera que sea su religión, el apoyo, los estímulos, la colaboración tanto de los Papas como de los cristianos comprometidos al servicio de las grandes organizaciones internacionales para ayudar a los hombres a constituir progresivamente un orden público internacional que garantice los valores absolutos de la justicia, de la caridad, de libertad y de paz en la vida de la comunidad de los pueblos.

La verdadera concepción de la paz

En el problema que nos preocupa en este momento, es un elemento capital que la Iglesia aporta al mundo y del que éste no ha tomado todavía conciencia, porque está demasiado comprometido en los materialismos más diversos. Este elemento es la verdadera concepción de la paz. La naturaleza de la paz es de orden espiritual contrariamente a lo que creen los hombres, lo cual les lleva a soluciones de fuerza material. El Papa Pío XII propuso un principio extremadamente esclarecedor: "El nudo principal del problema de la paz es actualmente de orden espiritual" (16).

Reflexionemos en las repercusiones de esta verdad:

1.º El problema de la paz es de orden espiritual porque pone directa y esencialmente en causa la persona humana, el hombre, ser espiritual, libre y responsable, a imagen de Dios.

2.º El problema de la paz es de orden espiritual si nos remontamos a las causas verdaderas de la guerra, que son

LA VOLUNTAD DE PAZ

Voluntad humana y razonable; sus signos

Llegamos aquí al punto capital de nuestra argumentación. La doctrina de la Iglesia, contrariamente a lo que piensan muchos hombres que no la conocen, hace una distinción muy necesaria entre, por una parte, la sensibilidad, y por otra, el deseo o voluntad de paz.

Se imaginan con mucha frecuencia en el mundo que la Iglesia, frente al problema de la guerra, se contenta con un sentimentalismo humanitario, no queriendo ella que este sentimiento que, sin duda, tiene su lugar en la actitud del cristiano, sea el elemento que dicte las maneras de proceder.

Pío XII, en su mensaje de Navidad de 1948, decía del sentimiento de la paz:

"Crea el terreno en el cual toman raíz la ilusión engañosa del estéril compromiso, la tentativa de salvarse a costa de otros y, en todo caso, la fortuna del agresor."

En resumen: ni sentimentalismo, que estaría dispuesto a exigir la paz a toda costa; ni bellas declaraciones, no seguidas de efecto; ni veleidades, sin el coraje de decisiones y de responsabilidades.

La voluntad de paz se prueba por actos concretos

1.º Una disposición constante a aportar una colaboración leal a todos los esfuerzos intentados para apartar el riesgo de la guerra, resolver un conflicto, preparar el desarme general y construir una organización internacional provista de los medios eficaces.

2.º Cuando un país, en el estado actual de la insuficiente organización internacional, se ve obligado a recurrir al armamento, existe un medio muy seguro de probar la sinceridad de su voluntad de paz, y es afirmar que sólo con mucha pena se ve obligado a defenderse y que, por consiguiente, no se verá inducido a hacer declaraciones sensacionales anun-

ciando que su bomba atómica o los demás medios de defensa tendrán un poder de destrucción cien veces y más superior a todo lo que se conocía hasta entonces sobre la violencia mortífera de los armamentos.

Existe un signo que no engaña en la sinceridad del deseo de paz. Y es el que manifiesta la preocupación de evitar todo lo que correría el riesgo de producir la inquietud en el mundo, la psicosis de guerra, de sembrar el pánico y disminuir o apartar las causas de la tensión.

"El deseo de paz—dice Pío XII—no hace nunca una cuestión de prestigio y de honor nacional un caso de guerra o incluso sólo una amenaza de guerra. Se guarda bien de perseguir con la fuerza de las armas la reivindicación de derechos, que, por legítimos que sean, no compensan el riesgo de provocar un incendio con todas sus espantosas consecuencias, espirituales y materiales."

3.º Un tercer medio, más eficaz todavía que todos los demás, sería en el sentido de deseo del Papa Pablo VI una participación financiera en la constitución de un fondo internacional destinado a luchar contra el hambre en el mundo.

En este terreno, ¿no es verdad que los Estados se orientarían progresivamente hacia una transformación de sus relaciones, fundándose éstas ahora en la confianza mutua, en el amor y en la cooperación activa en la construcción de

una gran obra de paz? El llamamiento de Juan XXIII en la encíclica **Pacem in terris** formará la conclusión de toda nuestra demostración:

"Sin embargo, cabe esperar que las naciones, entablando relaciones y negociaciones, vayan conociendo mejor los vínculos sociales de la naturaleza humana y entiendan con mayor sabiduría que hay que colocar entre los principales deberes de la comunidad humana el que las relaciones individuales e internacionales obedezcan al amor, no al temor; porque el amor lleva de por sí a los hombres a una sincera y múltiple unión de intereses y de espíritus, fuente para ellos de innumerables bienes."

Pero precisamente por eso se descubre la verdadera conversión que supone entre los hombres de Estado y los pueblos esta organización nueva de las relaciones internacionales.

Así es como se verifica mejor lo que el Papa Pío XII llamaba "la inteligencia práctica del nudo espiritual del problema" (17).

Así es, finalmente, como se puede descubrir con mayor claridad el papel que la Iglesia puede desempeñar por sus medios propios en la lucha contra la carrera de los armamentos, aun respetando plenamente la responsabilidad y la autonomía de los jefes de Estado y de los pueblos en su propio campo.

CONCLUSION

Existe ciertamente en el mundo y en todos los pueblos un número considerable de hombres que desean sinceramente la paz. Lo que cabe desear es que se unan en las bases comunes para constituir una fuerza capaz de hacer que se oiga su voz y que arrastren a muchos otros hombres por el mismo camino.

A través de nuestro estudio hemos subrayado una base sobre la cual se puede hacer esta coalición de las buenas voluntades, puesto que ella se apoya en la misma naturaleza humana. La doctrina de la Iglesia ha subrayado el carácter irracional de la guerra. Por otra parte, por eso ha declarado ella formalmente que la guerra no puede ser ya un medio normal de resolver los conflictos internacionales. Esto es lo que explica también por qué la Iglesia ha preconizado siempre, en lugar de la guerra, las soluciones de mutuo entendimiento, de mediación y de arbitraje.

El problema de fondo que entra en juego aquí puede ilustrar mucho a los hombres. "Se trata de saber si se comportarán o no como hombres", es decir, conforme a criterios racionales, lo cual supone que traten en primer lugar de liberarse del clima pasional, que puede llevarlos a las peores locuras (18). "Es por la fuerza de la razón y no por la fuerza de las armas como la justicia preparará su camino" (19). De la misma manera, Pío XII seguía diciendo en el año 1956: "No es con las armas y con carnicerías o con las ruinas como se resuelven las cuestiones que oponen a los hombres, sino con la razón, con la prudencia y con la equidad" (20).

He aquí un principio capital que nunca se meditará demasiado. Obliga a

buscar la solución en el sentido de relaciones verdaderamente humanas, conformes a la razón y a la naturaleza humana.

A esta luz de la razón es como se puede primeramente juzgar el sistema actual, que se ha denominado "el equilibrio del terror". El lleva a un verdadero absurdo. Cada cual se prepara a una guerra sin quererla y sabiendo, de todas formas, que será para él una catástrofe, aun en el caso de que resulte vencedor.

Juan XXIII, en la encíclica **Pacem in terris**, declaraba:

"La justicia, la prudencia, el sentido de la humanidad reclaman que se detenga la carrera de los armamentos; ellas reclaman la reducción paralela y simultánea del armamento existente en los distintos países, la proscripción del arma atómica y finalmente el desarme, debidamente efectuado de común acuerdo y acompañado de controles eficaces. Hay que impedir a toda costa—proclamaba Pío XII—que la guerra mundial, con sus ruinas económicas y sociales, sus aberraciones y sus desórdenes morales, descargue por tercera vez sobre la humanidad."

Deseo cristiano de paz

Pero existe otro fundamento en el cual se puede contar para la organización futura de la paz, y es el de la voluntad "cristiana" de la paz. Ya hemos insistido en su valor y en su alcance.

"La voluntad cristiana de paz—decía Pío XII—es práctica y realista." En el mismo mensaje (Navidad de 1948), Pío XII mostraba la fuerza de la voluntad cristiana de la paz:

"Apoyada en Dios y en el orden establecido por El, la voluntad cristiana de paz es fuerte como el acero. Es de un temple completamente distinto del simple sentimiento de humanidad, con demasiada frecuencia producido por la sim-

ple impresionabilidad, que no detesta la guerra más que debido a sus horrores y atrocidades, a sus destrucciones y a sus consecuencias, y no a causa de su injusticia."

Lo que constituye la fuerza de la voluntad cristiana de paz es que es una adhesión amante al designio de Dios sobre la humanidad. Es sumisión a un mandamiento formal de Dios, el precepto divino de la paz, el mensaje redentor de Jesucristo y de la buena nueva de la salvación y de la paz que El trajo al mundo.

Por consiguiente, los cristianos tienen una misión imperiosa que cumplir. Acercándose a sus hermanos, que no creen en la revelación, pueden, en el plano de la razón, ser colaboradores sinceros, eficaces, valientes en todas las empresas de los hombres y en las organizaciones internacionales al servicio de la paz. Pero en este combate pacífico pueden aportar al mundo una fuerza indomable por medio de su fe ardiente en el designio de Dios sobre la humanidad, por medio de una confianza indefectible en el poder del amor que Jesucristo pone en ellos por el Espíritu divino, así como por medio de su conocimiento profundo de la doctrina de la Iglesia sobre la comunidad de los pueblos.

Terminaremos nuestro estudio sobre la carrera de los armamentos con el llamamiento emocionante que Pablo VI dirigió en Belén el 6 de enero de 1964 a todos los hombres y a los jefes de Estado:

A TODOS LOS HOMBRES

"La misión del cristianismo es una misión de amistad entre los pueblos de la tierra, una misión de comprensión, de ánimo, de promoción, de elevación y—digámoslo una vez más—una misión de salvación."

A LOS JEFES DE ESTADO

"Sentimos el imperioso deber de renovar a los jefes de Estado y a todos los que lleven la responsabilidad de los pueblos, nuestro llamamiento insistente en favor de la paz del mundo. Que los gobernantes escuchen este grito de nuestro corazón y que continúen generosamente sus esfuerzos para asegurar a la humanidad la paz, a la que tan ardientemente aspira. Que consigan del Todopoderoso y de lo más íntimo de sus conciencias de hombres una inteligencia más clara, una voluntad más ardiente, un espíritu renovado de concordia y de generosidad, a fin de evitar a toda costa al mundo las angustias y las desgracias de una nueva guerra mundial cuyas consecuencias serían incalculables. Que colaboren todavía con mayor eficacia para instaurar la paz en la verdad, en la libertad y en el amor fraterno. Tal es el voto que Nos no hemos cesado de presentar a Dios en primerísimo lugar en el curso de esta peregrinación. Todas las iniciativas leales que tiendan a realizarla encontrarán nuestro apoyo, y Nos las bendecimos con todo el corazón."

La presente traducción está tomada del "Archivo de Documentación Católica", en su número de 15 de junio de 1965.

(17) Radiomensaje de Navidad, 1951.

(18) Coste: "Le problème du droit de guerre dans la pensée de Pie XII", página 170.

(19) Pío XII: "Summi Pontificatus".

(20) Pío XII: 1 noviembre 1956.